

absoluto de ella, el ave azul. Creyó cogerla en las mallas de su red, pero su red sólo está tejida con palabras facticias, más ilusorias que telas de araña. «Las filosofías escapan al relativismo en la misma medida en que son intuitivas». ¡Escapar al relativismo! ¡Qué dogma, qué ingenuidad, en los fieles que vienen a beber cada semana la palabra musical del maestro! ¡Escapar al relativismo! Es el sueño de todas las religiones, pero las religiones no habían resuelto este problema sino con la muerte y su más allá inverificable. Bergson toca con la mano el Absoluto, como se acaricia el seno de una querida. ¡Escapar al relativismo! ¿Por qué no creer en la Inmaculada Concepción?

Se halla aún en la intuición bergsoniana esa antigua idea cara a Rousseau y a sus hijos los románticos (más vieja aun puesto que es el fondo del mito del Paraíso terrestre), que, por la inteligencia, el hombre ha perdido la seguridad de su instinto. Y esto es lo que hay que encontrar de nuevo. La pretensión de esta filosofía, escribe el señor Benda, es que merced a la intuición nos elevamos por encima del estado de hombre, «trascendemos» de la condición humana.

«Lo que equivale a decir (y, por lo demás, se dice) que el conocimiento humano en lo que tiene de propiamente humano y en lo que funda su orgullo—la Inteligencia (particularmente el concepto, el principio de identidad)—es en la historia del conocimiento, no un término superior, sino más bien una detención, un accidente, un retroceso; y que el hombre se eleva no al cultivar esta modalidad propiamente humana, sino, por el contrario, saliendo de ella y aspirando a una modalidad que comparte con las otras especies (el acto del pollito que rompe su cascarón)». Esto sólo puede

llevarnos a una moral «natural» renovada de Rousseau. Tal insinúa el señor Benda buscando las causas del éxito del intuicionismo: «Proviene éste en primer lugar—escribe—de que instituye el primado del sentimiento sobre la idea, de lo femenino sobre lo viril, de lo turbio sobre lo severo, de lo musical sobre lo plástico. Proviene sobre todo de que proclama la superioridad del vagido sobre la palabra, del tanteo sobre la maestría, del espíritu que «se busca» a sí propio sobre el que «se posee». Se comprenderá, pues, fácilmente que el público de las conferencias de Bergson sea sobre todo femenino: las mujeres se sienten cercanas a la intuición bergsoniana porque son seres instintivos que obedecen a sus sentimientos, más que a su inteligencia. Según la doctrina de Bergson, se dirigen en el sentido mismo de la vida sin volverse atrás para juzgar, para comprender, lo que pertenece al dominio de la inteligencia. Pero evoquemos el tiempo bendito en que el hombre echando atrás el manto de la inteligencia, se arrojará desnudo como un dios en el río de la intuición, para nadar con toda serenidad hacia la Vida, la Verdad, el Absoluto, el Conocimiento, etc. Habrá hallado de nuevo sus puros instintos de animal humano, virgen de toda conciencia: habrá logrado el automatismo de los insectos que es, en efecto, una cristalización definitiva de estados de sensibilidad y estados de inteligencia.

Bergson—¿por atavismo acaso?—se acuerda del Paraíso terrestre, en donde el hombre vivía en comunión perfecta con los animales, sus hermanos. No ha olvidado, no ha digerido, la manzana intelectual que Eva cogiera del árbol de la Ciencia y cuyo veneno está todavía en nuestro cerebro y nuestras venas: la Inteligencia.

JEAN DE GOURMONT

AVISO.—Los que deseen suscribirse a **RENOVACION** pueden hacerlo directamente a las siguientes direcciones: Ricardo Falcó, apartado 638, San José de Costa Rica; Maximino Fernández, calle Perdriel, N° 519, Buenos Aires (Rep. Argentina); Lorenzo Portet, calle de Cortes, N° 478, Barcelona (España). El abono es: **2 dólares al año oro am.** En Europa: **10 pesetas al año moneda española.** PAGO ANTICIPADO.